

si no con desdén. Grijalva acabó por persuadirse de que le habían dado una buena brega, y, bastante mohino y desconcertado, se volvió á sus buques, y prosiguió adelante su viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit., tomo I, pág. 522.

CAPITULO XII.

Aguayalulco.—Descubrimiento del río de Alvarado.—La isla de Sacrificios. Desembarque y permanencia en la costa.—Pedro de Alvarado es enviado á Cuba con noticias de la expedición.

Dos días después de la salida de Grijalva, habían visto un pueblo en la costa, á la orilla del río de Aguayalulco. Sus habitantes salieron á la playa á contemplar el tránsito de los buques españoles, y á mostrarles su hostilidad, como para impedirles aproximarse á sus hogares. Llevaban en la mano izquierda relucientes conchas de tortuga con que se creían bien defendidos, y amenazaban con las manos y con los gestos. Pusiéronle los españoles á este pueblo el nombre de «La Rambla.» Pasaron luego frente al río de Tonalá y puerto de San Antón, por el río de Goatzacoalcos, y empezaron á descubrirse unas grandes sierras cargadas de nieve, llamadas hoy sierras de San Martín, por haber sido el primero que las vió un soldado llamado San Martín, vecino de la Habana.¹

El capitán Alvarado se había adelantado con su bergantín, y, entrando en el río que lleva su nombre, se puso á reconocerlo, y aun bajó á tierra, y en-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 11.

contró muchos indios pescadores é indias con brazaletes, campanillas y collares de oro, procedentes de Tlacotalpan. Con haber penetrado en el río, perdiéronle de vista sus compañeros, y el capitán Grijalva empezó á inquietarse y desasosegarse tanto que dió orden de detenerse en la boca del río, hasta saber el paradero de Alvarado. Al fin, apareció el bergantín que se creía extraviado, si bien su jefe fué reprendido por Grijalva, quien ordenó que en adelante fuesen todos navegando en conserva. Así lo hicieron hasta el 18 de Junio en que se divisó la bahía é isla de Sacrificios, cuyo solo nombre espeluznaba á los indígenas, y ahora recuerda las víctimas humanas ofrecidas en holocausto á inmundas divinidades. Grijalva surgió con sus cuatro navíos junto á esta isla de triste remembranza, y, acompañado de su gente, puso por primera vez sus plantas en ella. Su aspecto, sin embargo, no correspondía á los tétricos recuerdos que su nombre despierta. La menuda arena de sus playas, limpia y brillante con la luz del sol, formaba graciosa orla á los bosques frondosos que se destacaban del fondo de la isla, y que acariciaban la vista con su verdura. Allí, debajo de aquella arboleda secular, se dibujaban sendas bien marcadas, orilladas por florida grama, que conducían al interior de la isla. Grijalva y sus compañeros tomaron por una de estas veredas sombrías, y á poco desembarcaron en una plazuela, en la cual sobresalían varios edificios de piedra, arruinados de viejos que eran, pero todos de cal y arena. Entre todos estos edificios, descollaba una torre redonda, á la cual daba entrada una escalera ancha y bien trabajada de

piedra, que conducía á un terrado en cuyo centro se levantaba una gran mesa de piedra que sustentaba á un león, y enfrente del león otro ídolo de figura humana coronado de plumas. El león tenía un agujero en la cabeza, y la lengua fuera de la boca.

Cuando los españoles, trepados en la cima de la torre, recreaban su curiosidad, quedaron sobrecogidos de horror, al notar, junto de aquellos ídolos, un vaso de piedra lleno de sangre. Apartaron la vista de aquel lugar, y, al volverla por otro lado, se dieron de frente con dos cadáveres de jóvenes indios, envueltos en una manta pintada, y que parecían recientemente muertos. Inclínanse sobre ellos para reconocerlos, y encuentran otros dos cadáveres, todos los cuales tenían el seno destrozado; pasean sus miradas al rededor, y todo les dice que aquel lugar es la mansión de la muerte y la destrucción del hombre por el hombre. La tierra estaba sembrada de cabezas cortadas y medio putrefactas, huesos y calaveras blanqueadas, losas de piedra, sangrientas navajas de pedernal, haces de leña, montones de piedras, y postes de la altura de un hombre. Una higuera añeja y corpulenta daba sombra á este adusto escenario, que bien pregonaba que estaba destinado á la sangrienta práctica de los sacrificios humanos. Y era la realidad; porque, deseoso Grijalva de averiguar lo verdadero, mandó traer, para que le informase, á uno de los indios que llevaba consigo por intérprete. Le trajeron de la nave, y, apenas llegó á la presencia del capitán, se desmayó de susto, sólo porque pensaba que lo habían llevado allí para sacrificar. Vuelto en sí, repuesto

del miedo, y tranquilizado de las intenciones que con él tenían, explicó que aquel lugar estaba consagrado á una de las deidades de aquel pueblo, y que en su honor mataban á los prisioneros de guerra, degollándolos sobre aquellas losas de piedra, y echando toda la sangre en la pileta que allí cerca se veía; que les sacaban el corazón con unas navajas de pedernal, y lo quemaban sobre hogueras de leña de pino, al mismo tiempo que se comían los molledos de los brazos y pantorrillas, y los muslos y piernas del sacrificado. No quedó duda que era esta una isla destinada á los sacrificios humanos, y desde aquel punto fué apellidada con el nombre de «Isla de Sacrificios» con que hasta hoy es conocida.¹

Espeluznados volvieron Grijalva y sus soldados á los buques surtos entre la costa mejicana y la isla de Sacrificios, y, tan pronto llegaron á bordo, descubrieron mucha gente con banderas que desde la costa llamaba la atención. Fué comisionado el capitán Francisco de Montejo para que, acompañado de un indio intérprete, atracase á la costa, y averiguase lo que querían aquellos indios: Montejo tomó un bote y veinte soldados, y puso el primero el pie en la tierra mejicana. Los indios le dieron la mejor acogida que era dable esperar, y volvió con esta nueva noticia al capitán Grijalva, llevando, en prueba de la amistad y paz con que lo habían recibido, mantas de algodón pintadas, muy lindas y caprichosas: especialmente agradó á Grijalva que le dijese haber no-

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 523.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 12.

ticia cierta de que la tierra abundaba en oro.

Así fué que al otro día, 19 de Junio de 1518, saltó el capitán Grijalva á tierra, y tomó posesión del país, en representación del rey de España, y le puso el nombre de «Provincia de San Juan»¹ á lo que hoy se denomina Veracruz.

Si á Montejo dieron buena acogida los indios mejicanos, con Grijalva se deshicieron en agasajos y señales de amistad. Levantaron una enramada de gajos de árboles recién cortados; esparcieron hojas verdes por el suelo; y debajo de esta enramada, donde se gozaba de agradable fresco, tendieron una manta blanca que debía servir como de mesa para el banquete con que quisieron regalar á su huésped. El rústico mantel se cubrió luego de escudillas de barro que contenían bien cocinadas aves, de amarillo y oloroso caldo, cazuelas con tortas de maíz y frijol, pan de maíz bien preparado, pasteles de gallina, mazorcas de maíz tierno acabadas de cocer, y variadas y sabrosas frutas. Invitaron á Grijalva y á sus compañeros á sentarse y probar del opíparo convite; mas quiso la mala suerte que ese día fuese viernes, y los españoles, como cristianos buenos y bien criados, juzgaron que no debían comer de aquellas viandas, y así se excusaron con exquisita urbanidad y cortesía. Aceptaron, no obstante, cigarros preparados con hojas aromáticas muy odoríferas, y los fumaron al uso de los indios mejicanos.

Agradablemente impresionado Grijalva con tan

¹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, tomo I, libro XVII, cap. XIV.

cordial recibimiento, se dejó llevar de la inclinación de permanecer en tan buena compañía, y así, se quedó diez días, muy festejado de los indios, quienes no solamente le llevaban presentes, sino que entraron en tratos de cambios y ventas con sus soldados.

Cierto día, como otras veces, mandó al padre capellán Díaz que dijese misa en presencia de los indios y de los españoles. Los indios, notando que se iba á celebrar un acto religioso, como para agradecer á sus huéspedes se apresuraron á traer braseros con ascuas, en que esparcieron copal y otros aromas para incensar y sahumar el altar. Todos asistieron con gran respeto y circunspección, y tal parecía como si todos perteneciesen al gremio de una sola religión.

Seducidos andaban los compañeros de Grijalva con el buen tratamiento, y comenzaron á pensar de nuevo que convenía fundar población en aquella tierra. Sobre esto representaron á Grijalva, y aun lo importunaron para que, hasta violando sus instrucciones, fundase una población, y participase después el hecho á Diego Velásquez, dándole por razón que el país era rico, y prometía bienestar seguro á sus subordinados. Grijalva, sin embargo, no quiso quebrantar las órdenes que traía, y, arrojando las murmuraciones y aun desacatos de su gente, resolvió desechar la petición. Al mismo tiempo, creyó llegado el momento de enviar noticias del resultado de su viaje. Tomado consejo con los pilotos y capitanes, dispuso que, en la nave Trinidad, volviese á Cuba Pedro de Alvarado y la gente enferma que no podía servirle ya de utilidad, sino de

carga. Envió con Alvarado el oro y joyas rescatadas y también á una india moza que uno de los caciques le había donado, y una relación circunstanciada de todo el viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 529.